

CENTENARIO NACIMIENTO
CARDENAL **TARANCÓN**
1907-2007

WWW.CARDENALTARANCÓN.ORG

**HOMILÍA DE MONSEÑOR ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA
EN LA CONCELEBRACIÓN EUCARÍSTICA DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL
CARDENAL VICENTE ENRIQUE Y TARANCÓN
29 DE ABRIL DE 2007**

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Es para mí un honor poder presidir esta celebración de la Eucaristía en la Iglesia Parroquial del Salvador de Burriana, ciudad del nacimiento de nuestro querido Vicente, el cardenal Enrique y Tarancón. Para iniciar las celebraciones del centenario de su nacimiento nos va a llegar la intención seguramente no sólo de su pueblo natal, de Burriana, ni de su Comunidad -que decimos ahora- o de su región -que decíamos antes- donde él nació, Valencia, sino la de toda España. Por supuesto, de la de Madrid.

Yo agradezco la invitación para presidir esta celebración que me ha dirigido el excelentísimo Ayuntamiento de Burriana, y del que saludo a su alcalde y a los miembros de la Corporación Municipal, así como a las demás autoridades, civiles y militares, que están presentes en esta Iglesia. Pero sobre todo, agradezco la invitación del señor obispo de Castellón, don Casimiro, que ha mostrado muchísimo interés y me ha animado muchísimo a venir aquí esta tarde, esta noche. A él se lo agradezco de una manera muy especial.

Y le agradezco también la presencia al arzobispo de Valencia, metropolitano de esta diócesis y también del señor obispo de Tortosa, la del párroco de la parroquia y la de tantos sacerdotes y tan numerosos, que quedan así fraternalmente bienvenidos y saludados por mí en esta tarde.

La figura del cardenal Enrique y Tarancón es una de las que más ha marcado la historia reciente de España. No sólo la de la Iglesia, sino la de España en general. Podríamos decir que es un obispo del siglo XX para la España del siglo XX. La España del siglo XX es una España difícil, que busca caminos para su futuro. Venía de tiempos en que las grandes cuestiones relacionadas con la comprensión de la vida y de la sociedad y del Estado eran muy discutidas.

Nuestra tradición, una tradición muy gloriosa, de siglos que culminaron con la unidad de España -después de la toma de Granada por los Reyes Católicos-, era una tradición en la que la fe cristiana, profesada en la comunión de la Iglesia Católica, marcaba toda la vida, no sólo de las personas y de las familias, sino de todo el pueblo.

Sin diferencia alguna de pueblos, partes y comunidades que hoy forman España, lo mismo se preservaba la fe a la vera del apóstol Santiago, al noroeste de España; como a la vera de la Virgen de Montserrat, al nordeste; como en el norte, en los Pirineos que nos separan de Francia -así lo aprendíamos en la escuela cuando éramos niños-; como la Virgen del Rocío, que es venerada en las riberas del Sur o como se venera en el corazón y centro de España, en Madrid.

Esa España vivió siglos de unidad profunda, basada en la coincidencia a la hora de abordar y resolver los grandes problemas de la vida, respondiendo a las preguntas ¿qué es el hombre? ¿de dónde viene? ¿adónde va? ¿qué sentido tiene vivir en una comunidad de pueblos, de personas, una comunidad política, un país, una tierra en la que uno se siente en su patria? ¿Qué quiere decir la patria? ¿Qué quieren decir los grandes valores que la unen o que no la unen o que la desunen? Esas preguntas tienen una respuesta honda, de siglos, pero había costado trabajo elaborarla.

Desde antes de comienzos del siglo octavo, España había sido sometida, pero ya era cristiana. Era la España del Reino de Toledo, centro por aquella época de España, en la que Madrid era un poblacho de nada. Una España que había vivido y recibido la fe desde el anuncio de los grandes misioneros de los primeros siglos, una tradición que conservamos desde la llegada del apóstol Santiago.

Es la España que lucha durante siglos por su identidad cristiana desde todos los puntos de vista: intelectual, espiritual, social y político, y hasta desde el militar; la España que cuaja en los siglos XVI y XVII, que hoy conocemos desde el punto de vista de la historia de la literatura como siglos de oro. Pero también toma forma desde el punto de vista de la historia universal, a través de su gran presencia en el mundo. Por supuesto, la Iglesia Católica y su historia contemporánea, no son comprensibles sin la historia moderna y contemporánea de la Iglesia en España, sin sus teólogos, sus santos, sus misioneros, su forma y modo de vivir la vida y de afrontar el futuro. Es imposible concebir España sin esa realidad de los siglos llamados de oro. Podríamos citar aquí a Valencia como adelantada varios siglos a esta realidad, con figuras como San Vicente Ferrer, a quien seguirán personalidades en toda España desde entonces y en todos los tiempos, santos que son nuestros como Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola o San Juan de la Cruz.

Esa España había llegado dividida desde comienzos del siglo XX y, justamente, en esas cuestiones fundamentales que afectan a la concepción misma de la existencia del hombre y al futuro de los pueblos y las sociedades. En el siglo XX, esa ruptura del alma se convierte también en la ruptura de los cuerpos en esos años tremendos de nuestra Guerra civil.

Un obispo en este tiempo, en estos tiempos, necesitaba mucho valor y mucha lucidez, mucha generosidad para ser pastor de la Iglesia en España, un pueblo que, por una parte, era todo cristiano de fondo, aunque hubiese discusiones y debates que afectaban al ser mismo de la nación, de la condición misma de la vida y de la existencia. Pese a ello, estaban divididos entre sí, hasta el punto de enfrentarse en una guerra.

En esa España, ser obispo era colocarse delante de la Iglesia, de sus católicos y de la sociedad en conjunto como un buen pastor, como ese buen pastor que es el Señor, y haciendo de pastor, de buen pastor, para que todos encontrasen de nuevo el camino.

Vicente Enrique y Tarancón fue obispo de la historia española durante tres períodos. En toda esa historia, en toda esa geografía episcopal del Cardenal Tarancón, hay una constante: el servicio a la reconciliación, al perdón y a la unidad de los españoles sobre la base de la recuperación del alma cristiana en España, de lo mejor del espíritu cristiano, nacido de nuestra tradición, de nuestras raíces y renovado por el Concilio Vaticano II.

En su vida, incluso externamente, se daba una singular sintonía de formas y modos aparentemente muy tradicionales. Nunca se quitó la sotana. Me parece que sólo una vez que fue a Nueva York y otra a México se puso ‘cleriman’, pero él siempre llevaba sotana. Tenía unas devociones personales muy entrañables a la Virgen y al Santísimo Sacramento. En la capilla de la casa del arzobispo de Madrid, con las monjas, hacía de todo: exponía el Santísimo, tocaba el armonium, cantaba el ‘Tantum ergo’ y rezaba con ellas. Simultáneamente, era el hombre de las cartas cristianas, en las que quería iluminar los caminos de esa España que quería salir definitivamente de esos siglos, de esas décadas de enfrentamientos y llevarla de nuevo a los caminos de la unidad, de la reconciliación y de la paz, siempre sobre la base de la aclaración del Evangelio. La figura de un obispo, al final, la va a mirar la historia y la juzgará nuestro Señor, el buen pastor, a la luz de cómo ha predicado el Evangelio, cómo ha sido testigo del Evangelio.

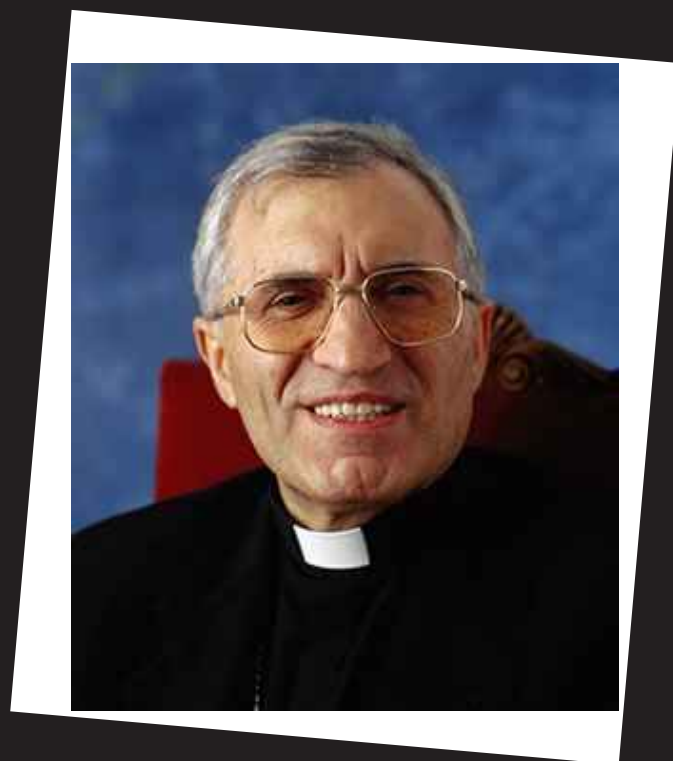
La Primera Lectura de la liturgia de hoy nos presenta a Pablo y los apóstoles –como todas las primeras lecturas del libro de los Hechos de los Apóstoles- como valientes testigos del Evangelio que no se arredran ante nada. Son rechazados por gentiles y judíos, aunque ellos creían que los judíos de las ciudades de la Diáspora les van a escuchar mejor en las sinagogas, pero se equivocan. Por el contrario, cuando predicaban a los gentiles, a los que no eran judíos, encuentran en ellos una acogida honda de la Palabra de Dios, del anuncio de la Resurrección de Cristo, el gran acontecimiento de la Salvación del Hombre por la Resurrección de Jesucristo. Pese a ello, el mensaje, según Pablo, sonaba mal a unos y a otros. La mayoría de gentiles creían que era una necedad y los judíos lo consideraban una locura. Los apóstoles, sin embargo, no se acobardaban y creían en la palabra de Pablo, en la Palabra de Dios y estaban dispuestos a sufrir incomprendimientos.

El amor a los cristianos y su unidad, como naciendo de la caridad de Cristo, fue un buen mérito del cardenal Tarancón. El Santo Padre Benedicto XVI ha convertido esa especie de idea y grande convención cristiana en ‘leitmotiv’, en hilo conductor de su relación con la Iglesia, como lo había hecho Juan Pablo II de una manera también heroica. Nosotros agradecemos a Dios que nos haya dado obispos así en la España del siglo XX, como el Cardenal Tarancón, que nos han predicado el Evangelio, que nos han unido en la comunión de la Iglesia, en la comunión de los santos, de los santos que han llegado ya al trono del Cordero, que se suman ya a la Gloria del Cristo glorioso, el de las llagas gloriosas y que viven en la plenitud del amor de Dios. Pero también de la Iglesia, de los que peregrinamos aquí, que enseñamos una y otra vez en nuestra vida esa lección del amor de Cristo, que no es fácil y que no se puede interpretar de forma paganizada, y que nos llene. ¿Es posible? Pues sí es posible, si lo dice el Señor. Puede haber y ha habido cristianos que se han convertido en alguien que uno no quiere ser y se resisten a serlo y no quieren oír la voz del Señor. Es un reto formidable para la Iglesia, para los pastores de la Iglesia y para los demás cristianos saber que puede haber entre nosotros, cerca de nosotros, en nuestro entorno, cristianos bautizados –a lo mejor no bautizados- que no quieren oír la voz del Buen Pastor, la voz de Cristo. ¿Cómo se llega a ellos? Hay que llegar a ellos, hay que intentarlo. Porque el Señor lo dice y lo dice como si pudiera él hacer más, porque llegó a la Cruz y le dijo al buen ladrón que aquel mismo día iría con Él al Paraíso.

Nunca podemos dejar a nadie solo y darlo por liquidado o por fracasado en su relación con Dios. La nueva evangelización de la que brotaba el mensaje de Juan Pablo II, cuyo discurso y cuyo contenido también lo sigue manteniendo vivo Benedicto XVI, quiere llegar también a todos ellos, sobre todo a los jóvenes, para que no se opongan a Cristo de entrada y le dejen entrar en el corazón para permitirle hablarles en lo más hondo de su ser y de su vida.

Que la celebración de este centenario, del primer centenario del nacimiento de don Vicente Enrique y Tarancón, el cardenal Tarancón; obispo de Solsona, arzobispo de Oviedo, arzobispo de Toledo y arzobispo de Madrid, dé muchos frutos en ese camino que parece que todavía no hemos acabado de concluir y de consolidar: el camino de la unidad, de la reconciliación y de la paz.

Que así sea.



**HOMILÍA DE MONSEÑOR ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA
EN LA CONCELEBRACIÓN EUCARÍSTICA DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL CARDENAL
VICENTE ENRIQUE Y TARANCÓN
29 DE ABRIL DE 2007**